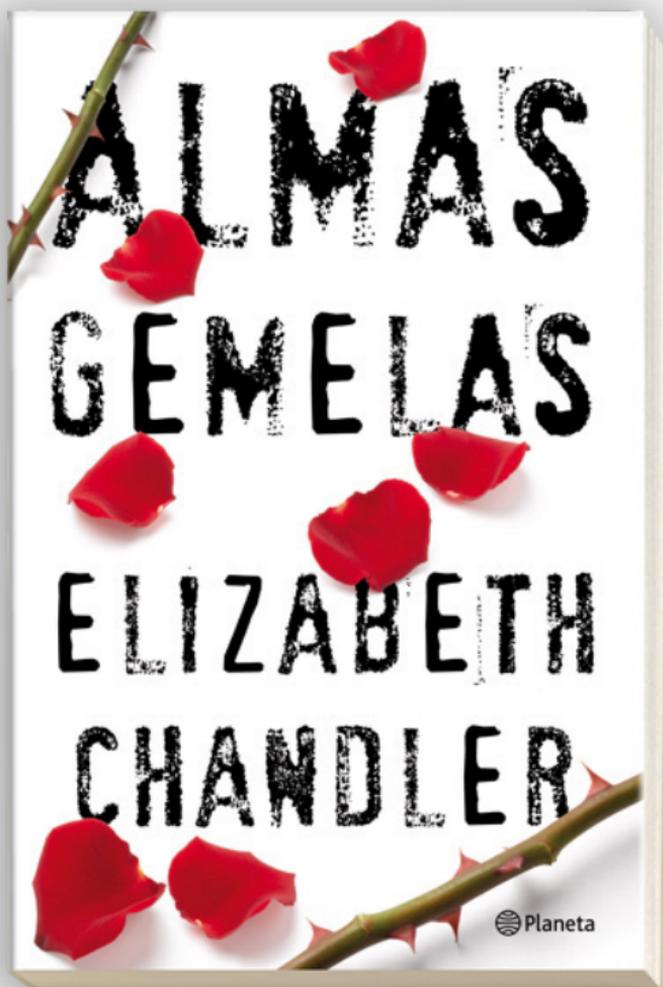


1er. Capítulo

Almas gemelas

Elizabeth Chandler



Por fin en España *Kissed by an angel*, la trilogía de culto aclamada por miles de fans en todo el mundo

ALMAS GEMELAS

Traducción de
Mireia Carol, Ana Isabel Sánchez
y Beatriz Vega López

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Edición no venal

Título original: *Kissed by an Angel, The Power of Love, Soulmates*

- © Daniel Weiss Associates, Inc., y Mary Clair Helldorfer
- © por la traducción, Mireia Carol Gres, Ana Isabel Sánchez y Beatriz Vega López, 2011
- © Editorial Planeta, S. A., 2011
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Depósito Legal: B-16.635-2011

Composición: Fotocomposición gama sl

Impresión y encuadernación: Studium

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

❀ 1 ❀

–Nunca pensé que el asiento trasero de un coche pudiera llegar a ser tan romántico –confesó Ivy reclinada contra el respaldo, sonriéndole.

Bajó la mirada hacia el montón de porquería esparcida por el suelo.

–Quizá deberías sacar tu corbata de ese viejo vaso de Burger King.

Tristan se agachó para recogerla y puso cara de asco: estaba empapada. La tiró hacia la parte delantera y volvió a sentarse junto a Ivy.

–¡Ay!

El perfume de flores aplastadas impregnó el aire. Ivy rió a carcajadas.

–¿Qué te hace tanta gracia? –preguntó él sacando las flores espachurradas de detrás de su espalda; no obstante, también reía.

–¿Y si alguien hubiera pasado por aquí y hu-

biera visto la pegatina religiosa que tu padre lleva en el parachoques?

Tristan dejó las flores en el asiento delantero y la acercó de nuevo hacia sí. Recorrió con un dedo el tirante de su camisola de seda y la besó con ternura en el hombro.

–Le habría dicho que estaba con un ángel.

–¡Ésa sí que es una buena frase!

–Ivy, te quiero –dijo Tristan con una expresión repentinamente seria.

Ella lo miró fijamente y se mordió el labio.

–Esto no es ningún juego para mí. Te quiero, Ivy Lyons, y algún día me creerás.

Ivy lo rodeó con sus brazos y lo abrazó con fuerza.

–Y yo a ti, Tristan Carruthers –le susurró al oído.

Por supuesto que lo creía, y confiaba en él más que en ninguna otra persona. Algún día tendría el valor de decir en voz alta todas las palabras: «Te quiero, Tristan.» Sería capaz de gritarlo a los cuatro vientos e, incluso, de colgar una pancarta sobre la piscina del instituto.

Les llevó unos minutos arreglarse e Ivy se echó a reír de nuevo. Él sonreía y la miraba mientras ella intentaba dominar su maraña de pelo dorado; un

esfuerzo inútil. Luego puso en marcha el motor y condujo sobre surcos y piedras hasta que se incorporó a la estrecha carretera.

—Un último vistazo al río —dijo Tristan en el momento en que el camino se alejaba considerablemente de su cauce.

El sol de junio caía sobre las colinas occidentales de Connecticut y bañaba de luz las copas de los árboles cubriéndolas de oro. La tortuosa carretera se adentró en un túnel de arces, álamos y robles. Ivy tenía la sensación de estar deslizándose bajo las olas junto a Tristan, fluyendo por un abismo azul, violeta y verde intenso con el sol del atardecer brillando en el cielo. Tristan encendió los faros del coche.

—No es necesario que corras tanto —dijo Ivy—. Ya no tengo hambre.

—¿Te he hecho perder el apetito?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que estoy saciada de felicidad —susurró.

El coche circulaba a gran velocidad, y tomó una curva de forma arriesgada.

—Te he dicho que no es necesario que corras.

—Es muy extraño —murmuró él—. Me pregunto qué... —Miró hacia sus pies—. No parece que...

—Ve más despacio, ¿quieres? No importa si lle-

gamos un poco tarde... ¡Ah! –Ivy señaló al frente–. ¡Tristan!

Algo había salido de entre los arbustos y se había abalanzado hacia la carretera. Ivy no había visto qué era, sólo había atisbado el movimiento en las sombras. Entonces el ciervo se detuvo y volvió la cabeza, sus ojos atraídos por las luces del coche.

–¡Tristan!

Se dirigían a toda velocidad hacia los brillantes ojos.

–Tristan, ¿es que no lo ves?

Seguían circulando a gran velocidad.

–Ivy, algo...

–¡Un ciervo! –exclamó ella.

Los ojos del animal resplandecieron. Entonces, una luz apareció detrás de él, una explosión brillante alrededor de su oscura figura. Un coche se aproximaba en sentido contrario. Los árboles les cerraban el paso y no había espacio para girar a izquierda o a derecha.

–¡Frena! –gritó Ivy.

–Estoy...

–¡Frena! ¿Por qué no frenas? –suplicó–. ¡Tristan, frena!

El parabrisas estalló en mil pedazos.

Durante los días siguientes, lo único que Ivy pudo recordar fue la lluvia de cristales.

Al oír el disparo, Ivy dio un respingo. Odiaba las piscinas, especialmente las cubiertas. Aunque sus amigas y ella se encontraban a unos tres metros del borde, tenía la sensación de estar nadando dentro del agua. Incluso el aire parecía oscuro, una húmeda neblina azul verdoso impregnaba con el olor a cloro. Todo retumbaba: los disparos, los gritos de la multitud, las zambullidas de los nadadores en el agua. Lo primero que había hecho al entrar en el pabellón abovedado de la piscina había sido jadear en busca de aire. Ansiaba estar al aire libre en ese luminoso y ventoso día de marzo.

—Repítemelo —pidió—. ¿Quién es él?

Suzanne Goldstein miró a Beth van Dyke y ella le devolvió la mirada. Luego ambas negaron resignadamente con la cabeza.

—Bueno y ¿cómo voy a saberlo? —preguntó Ivy—. Ninguno de ellos tiene pelo, llevan los brazos, las piernas y el pecho depilados. Son un equipo de chicos calvos con gorros de piscina y los ojos enrojecidos. Aunque llevan los colores de nuestro instituto,

podría tratarse perfectamente de un puñado de extraterrestres.

—Si esos tíos son extraterrestres —repuso Beth apretando compulsivamente el pulsador de su bolígrafo—, yo me mudo a su planeta.

Suzanne le quitó el boli y exclamó con voz ronca:

—¡Dios mío! ¡Adoro las competiciones de natación!

—Pero si en cuanto se meten en el agua dejas de mirarlos —señaló Ivy.

—Es porque entonces se dedica a mirar al grupo que está situándose en las plataformas de salida —aclaró Beth.

—Tristan es el que nada en la calle central —explicó Suzanne—. Los mejores nadadores siempre compiten en las calles centrales.

—Es la estrella —añadió Beth—. Es el mejor en estilo mariposa; de hecho, el mejor del Estado.

Ivy ya lo sabía. El póster del equipo de natación estaba por todo el instituto: Tristan surgía del agua con los hombros abalanzándose sobre ti y sus fuertes brazos echados hacia atrás como si de alas se tratara.

El publicista sabía muy bien lo que hacía al elegir esa foto. Había impreso una gran cantidad de

copias, lo que había sido una buena idea, ya que los pósteres de Tristan que colgaban de las paredes desaparecían continuamente... y aparecían en las taquillas de las chicas.

En algún momento durante esa moda, Beth y Suzanne habían empezado a pensar que Tristan estaba interesado en Ivy. Dos tropiezos en el vestíbulo en una semana habían bastado para convencer a Beth, una escritora de imaginación desbordante que había leído toda la colección de novelas románticas de Harlequin.

—Pero, Beth, me he chocado contigo miles de veces —argumentó Ivy—. Ya me conoces.

—Te conocemos —dijo lacónicamente Suzanne—. Siempre en las nubes, a cinco kilómetros del suelo, donde viven los ángeles. Aun así, creo que Beth tiene razón: recuerda que fue él quien chocó contigo.

—Quizá es algo torpe cuando está fuera del agua, como les sucede a las ranas —añadió Ivy, aunque era perfectamente consciente de que Tristan Carruthers no era torpe en nada.

Había oído hablar de él ya en su primer día en el instituto de Stonehill, un nevado día de enero. Le habían asignado una animadora para que le enseñara el instituto, y ella la seguía por una cafetería abarrotada de estudiantes.

—Seguro que estás echando un vistazo a los deportistas —dijo la animadora.

En realidad, Ivy estaba ocupada intentando adivinar qué era aquella cosa verde y grasienta que servían para comer a los alumnos en su nuevo instituto.

—En Norwalk, puede que las chicas soñaran con los futbolistas, pero aquí, en Stonehill, muchas...

«Sueñan con él», pensó Ivy, mientras seguía la mirada que la animadora había fijado en Tristan.

—En realidad, prefiero un chico con cerebro —le dijo a la morena de pelo sedoso.

—¡Pues claro que tiene cerebro! —recalcó Suzanne cuando Ivy le repitió el comentario minutos más tarde.

Suzanne, la única chica que conocía en Stonehill, había conseguido localizarla entre la multitud ese día.

—Quiero decir un cerebro que no esté empapado —añadió Ivy—. ¿Sabes?, nunca me han interesado los deportistas. Quiero a alguien con quien pueda hablar.

Suzanne resopló.

—Pero si tú hablas con los ángeles...

—No empieces con eso —le advirtió.

—¿Ángeles? —preguntó Beth. Había estado escuchándolas desde la mesa contigua—. ¿Hablas con los ángeles?

Suzanne puso los ojos en blanco, molesta por la interrupción, y se volvió de nuevo hacia Ivy.

—Deberías pensar en tener al menos un ángel del amor entre tu colección de alas.

—Ya tengo uno.

—Y ¿qué les cuentas? —volvió a interrumpirlas Beth.

Abrió una libreta y cogió un lápiz, como si fuera a copiar palabra por palabra la respuesta de Ivy.

Suzanne la ignoró.

—Bueno, pues si ya tienes un ángel del amor, no está haciendo su trabajo, Ivy. Alguien debería recordarle cuál es su misión.

Ivy se encogió de hombros. No era que los chicos no le interesaran, sino que sus jornadas estaban ya bastante completas: la música, el trabajo en la tienda, ir a clase y cuidar de Philip, su hermanito de ocho años. Habían sido un par de meses difíciles para Philip, para su madre y para ella. No podría haberlo conseguido sin sus ángeles.

Después de ese día de enero, Beth la buscó en varias ocasiones para interrogarla acerca de su creencia en los ángeles y para mostrarle algunos

de sus relatos románticos. A Ivy le gustaba hablar con ella. De cara redonda, con mechas y el pelo por los hombros, cuyo estilo en el vestir iba de lo raro a lo pasado de moda, Beth vivía varias vidas increíblemente románticas y apasionadas... en su mente.

Suzanne, con su fantástica melena larga y morena y sus impresionantes cejas y pómulos, también buscaba y vivía algunas pasiones... en las clases y en los pasillos, y dejaba a los chicos del instituto de Stonehill emocionalmente exhaustos. Beth y Suzanne nunca habían sido realmente amigas, pero a finales de febrero se aliaron para unir a Ivy y a Tristan.

—He oído que es bastante listo —comentó Beth otro día mientras comían en la cafetería.

—Todo un cerebritito —concluyó Suzanne—. El primero de la clase.

Ivy enarcó una ceja.

—O casi.

—La natación es un deporte que requiere inteligencia —continuó Beth—. Parece que lo único que hacen es nadar de aquí para allá, pero un chico como Tristan tiene un plan, una elaborada estrategia para cada carrera.

—Ajá —se limitó a decir Ivy.

–Lo único que decimos es que deberías asistir a una de las competiciones.

–Y sentarte delante –sugirió Beth.

–Y dejar que te vista ese día –añadió Suzanne–. Sabes que puedo elegirte la ropa mejor que tú misma.

Ivy meneó la cabeza con incredulidad, preguntándose entonces, y durante días, cómo podían pensar sus amigas que un chico como Tristan estaba interesado en ella.

Sin embargo, cuando Tristan se puso en pie en la reunión de alumnos y dijo que el equipo necesitaba que todos asistieran a la última competición que se celebraría en el instituto, mirándola fijamente durante todo el discurso, se dio cuenta de que no tenía elección.

–Si perdemos –dijo Suzanne–, pesará sobre tu conciencia.

Así que, a finales de marzo, allí estaba Ivy, viendo cómo Tristan sacudía brazos y piernas. Tenía el físico perfecto para un nadador: una espalda ancha y fuerte y unas caderas estrechas. Su cabello liso y castaño quedaba oculto bajo el gorro. Por lo que Ivy recordaba, tenía mucha cantidad y lo llevaba corto.

–Cada centímetro de su cuerpo está cubierto de músculo –susurró Beth.

Le había quitado el bolígrafo a Suzanne y, después de un par de toques al pulsador, había vuelto a escribir en su cuaderno.

–«Cual roca reluciente, sinuoso en las manos del escultor, escurridizo entre los dedos de la amante...»

Ivy echó un vistazo al cuaderno de Beth.

–¿De qué se trata esta vez? –preguntó—. ¿Poesía o novela romántica?

–¿Acaso existe alguna diferencia? –respondió su amiga.

–¡Nadadores, a sus puestos! –gritó el juez de salida.

Los participantes subieron a las plataformas.

–¡Madre mía! –murmuró Suzanne—. Esos bañadores no dejan mucho a la imaginación, ¿no creéis? Me pregunto qué tal le sentaría uno de éstos a Gregory.

Ivy le propinó un codazo.

–Baja la voz. Está ahí mismo.

–Ya lo sé –contestó Suzanne pasándose los dedos por el pelo.

–Preparados...

Beth se inclinó hacia adelante para echar un vistazo a Gregory Baines.

–«Su cuerpo sutil, seductor y sabroso...»

¡Pum!

–Siempre empleas palabras que empiezan por «s» –le reprochó Suzanne.

Beth asintió.

–La aliteración en «s» provoca la ilusión de estar hablando en susurros y resulta sexi. Seductor, sensual, sobrenatural...

–¿Alguna de las dos está mirando la carrera? –las interrumpió Ivy.

–Son cuatrocientos metros, Ivy. Lo único que hace Tristan es nadar de aquí para allá, de aquí para allá.

–¿Ah, sí? ¿Y qué ha pasado con el cerebritito y su elaborada estrategia para ganar en un deporte que requiere tanta inteligencia como es la natación? –inquirió.

Beth se puso de nuevo a escribir.

–«Volaba como un ángel, soñando con que sus alas hechas de agua se convirtieran en cálidos brazos para Ivy...» ¡Hoy estoy realmente inspirada!

–Yo también –concluyó Suzanne. Su mirada recorrió la fila de cuerpos dispuestos en la zona de calentamiento y después a los espectadores hasta detenerse en Gregory.

Ivy siguió su mirada y volvió a desviarla rápidamente hacia los nadadores. Durante los últimos

tres meses, Suzanne había perseguido al seductor, sensual y sobrenatural Gregory Baines. Ivy deseaba que se encaprichara de otro y que lo hiciera pronto, muy pronto, antes del primer sábado de abril.

—¿Quién es la canija morena? —preguntó Suzanne—. Odio a las bajitas. Gregory no pega con una chica bajita. Tiene la cara pequeña, las manos pequeñas, los pies pequeños y delicados...

—Pero las tetas grandes —soltó Beth al levantar la vista de su cuaderno.

—¿Quién es? ¿La habías visto alguna vez, Ivy?

—Suzanne, llevas mucho más tiempo en este instituto que...

—Ni siquiera la has mirado —la interrumpió Suzanne.

—Porque estoy mirando a nuestro héroe, que es lo que se supone que tengo que hacer. ¿Qué es eso de «paredes»? Todo el mundo grita eso cuando Tristan da media vuelta.

—Es su apodo —contestó Beth—, por la forma en que embiste la pared. Se abalanza contra ella primero con la cabeza para salir luego más rápidamente.

—Ajá, me parece todo un cerebritito, usando la cabeza contra las paredes. ¿Cuánto suelen durar estas competiciones?

–Ivy, vamos –se quejó Suzanne tirando de su brazo–. Mira a ver si sabes quién es la canija morena.

–Twinkie.

–¡Te lo estás inventando!

–Es Twinkie Hammonds –insistió Ivy–. Está en el último curso, va conmigo a clase de música.

Consciente de que Suzanne no dejaba de observarla, Twinkie se volvió y le dedicó una mirada de desprecio. Gregory se percató de su expresión y miró por encima del hombro hacia ellas. Ivy vio dibujarse una sonrisa en su cara.

Gregory Baines tenía una sonrisa encantadora, el pelo moreno y los ojos grises. «Ojos grises y fríos», pensó ella. Era alto, aunque no era su altura lo que hacía que destacara entre la multitud, sino su confianza en sí mismo. Parecía un actor o, más bien, la estrella de la película: formaba parte de todas las escenas y, aun cuando acababa el espectáculo, se mantenía alejado de los demás, pues se creía mejor que el resto. Los Baines eran la familia más rica de la opulenta ciudad de Stonehill; aunque Ivy sabía que no era su dinero, sino esa frialdad, esa actitud distante, lo que volvía loca a Suzanne. Siempre quería lo que no podía tener.

Rodeó cariñosamente con el brazo a su amiga y

señaló a un nadador cachas que estaba estirando en la zona de calentamiento, con la esperanza de distraerla.

—¡Paredes! —gritó cuando Tristan hizo el último giro—. Creo que está empezando a gustarme esto.

No obstante, los pensamientos de Suzanne habían vuelto a Gregory. «Esta vez está bien pillada», pensó Ivy con cierto temor.

—Nos está mirando —dijo excitada Suzanne—. Viene hacia aquí.

Ivy se puso tensa.

—Y el chihuahua viene detrás.

«¿Por qué?», se preguntó Ivy. ¿Qué podía tener que decirle Gregory tras ignorarla durante tres meses? En enero, se había dado cuenta rápidamente de que él no iba a admitir que la conocía. Como si hubieran firmado un acuerdo de confidencialidad, ninguno de los dos había dicho que el padre de Gregory iba a casarse con la madre de Ivy. Eran pocos los que sabían que ambos compartirían techo a partir del próximo abril.

—¡Hola, Ivy! —Twinkie fue la primera en hablar. Se hizo un hueco a su lado, ignorando a Suzanne y dedicando apenas una mirada a Beth—. Le estaba diciendo a Gregory lo cerca que nos sentamos en clase de música.

Ivy la miró sorprendida; nunca se había fijado en dónde se sentaba Twinkie.

—Dice que nunca te ha oído tocar el piano, y le estaba contando lo buena que eres.

Ivy abrió la boca, pero no se le ocurrió nada que decir. La última vez que había tocado una pieza original para la clase, Twinkie había mostrado su reconocimiento limándose las uñas.

Entonces, sintió los ojos de Gregory fijos en ella. Cuando lo miró, él pestañeó. Rápidamente Ivy señaló a sus amigas y dijo:

—¿Conocéis a Suzanne Goldstein y a Beth van Dyke?

—En realidad, no —respondió él sonriendo primero a una y luego a la otra.

Suzanne se ruborizó y Beth se concentró en él con el interés de una investigadora mientras golpeaba el pulsador del bolígrafo.

—Adivina qué, Ivy. En abril no vivirás lejos de mi casa, nada lejos —dijo Twinkie—. Así será mucho más fácil estudiar juntas.

«¿Más fácil?»

—Puedo llevarte en coche al instituto. Llegarás más rápido a casa.

«¿Más rápido?»

—Quizá podríamos quedar más a menudo.

«¿Más a menudo?»

—¡Pero bueno, Ivy! —exclamó Suzanne moviendo sus largas y negras pestañas—. ¡No me habías contado que Twinkie y tú erais tan buenas amigas! Quizá podríamos salir todas juntas. ¿No te gustaría ir a casa de Twinkie, Beth?

Gregory reprimió apenas una sonrisa.

—Podríamos quedarnos a dormir en tu casa.

Pero Twinkie no parecía entusiasmada con la idea.

—Podríamos hablar de chicos y elegir quién es el más sexi —Suzanne clavó la mirada en Gregory, repasándolo de arriba abajo, fijándose en cada detalle. Él parecía seguir divirtiéndose—. Conocemos a algunas chicas del antiguo instituto de Ivy en Norwalk —prosiguió ella alegremente.

Suzanne sabía que la clase alta de Stonehill, que se desplazaba diariamente a la ciudad de Nueva York a trabajar, poco tenía que ver con la clase obrera de Norwalk.

—Seguro que les encantaría venir, podríamos ser todas amigas. ¿No te parece divertido?

—No mucho —espetó Twinkie, y le dio la espalda—. Ivy, ha sido un placer hablar contigo. Nos vemos pronto, espero. Vamos, Greg, aquí hay demasiada gente —concluyó mientras tiraba de su brazo.

Como Ivy había vuelto a centrar su atención en lo que ocurría en la piscina, Gregory la cogió por la barbilla y le levantó la cabeza para que lo mirara. Sonreía.

—Pareces avergonzada, Ivy —dijo—. ¿Por qué? Funciona en ambos sentidos, ¿sabes? Hay muchos chicos, chicos a los que apenas conozco, que de repente hablan como si fueran mis mejores amigos y que esperan poder dejarse caer por mi casa la primera semana de abril. ¿Por qué crees que lo hacen?

—Porque eres popular, supongo —respondió ella encogiéndose de hombros.

—¡Mira que eres inocente! —exclamó él.

Ivy deseaba que la soltara. Desvió la vista hacia la siguiente fila de las gradas, donde estaban sentados los amigos de Gregory. Eric Ghent y otro chico hablaban animadamente con Twinkie y reían. El superguay Will O'Leary estaba mirándola.

Gregory apartó la mano y se marchó tras dedicar una simple inclinación de cabeza a sus amigas, con los ojos aún brillantes por la risa. Cuando Ivy volvió a mirar a la piscina, se dio cuenta de que tres chicos con gorros e idénticos minibañadores habían estado observándola. No tenía ni idea de cuál era Tristan, si es que era uno de ellos.

Impreso en
Studium Talleres Gráficos, S. A.
Barberà del Vallès (Barcelona)